Ensayos

La distinción real entre la virtud de la amabilidad y el amar personal según Leonardo Polo

Juan Fernando Sellés

Universidad de Navarra (España)

Planteamiento

La amabilidad es distinta de la amistad, porque se puede ser sinceramente amable con alguien sin ser todavía amigo suyo. Por tanto, la amistad es superior a la amabilidad. Tómese al respecto como ejemplo el que para la ética moderna escocesa

el sentimiento con mayor relevancia moral en que se fijan estos autores es la filantropía: es ese el sentimiento que induce a considerar a los demás con benevolencia, a ser amables, etc. Por eso parece que la filantropía conduce rectamente al ser humano. Sin embargo, estos autores escoceses terminaron en una visión pesimista de este sentimiento: cayeron en la cuenta de que no es posible fiarse de ella, porque en las relaciones humanas no se mantiene, sino que es sustituida por sentimientos negativos que conducen hacia abajo, es decir, ante todo, por la propia vanidad o vanagloria, a la que sigue la envidia. Según esto, el intento de basar las relaciones humanas en la filantropía se frustra. (Polo, 2015c, p. 129)

Es evidente que la cordialidad no implica amistad, porque la filantropía se ejerce con respecto de los que se consideran inferiores, mientras que la amistad lo es entre iguales. Con todo, la cordialidad puede inclinar hacia la amistad.¹ El siguiente paso en esa tendencia es el cariño,² pero es claro que

¹ «El sentido de filiación implica... un sentido de amistad, de cordialidad, una actitud simpatética ante el resto y, por lo tanto, una superación de la actitud farisaica, individualista, crispada» (Polo, s/f3, p. 60). A este respecto escribió un pensador parisino: «Il y a un minimum de réciprocité dans le fait que l'amour a pour origine la perception d'une amabilité de l'aimé» (Nédoncelle, 1957, p. 28).

² «En el ejemplo de Caín que mató a Abel, su envidia terminó en el asesinato, se nota que el cariño entre hermanos —forma muy alta de filantropía— fue sustituida por un sentimiento completamente opuesto» (Polo, 2015c, p. 129).

este todavía no es amistad, porque se puede tener cariño a realidades no personales.³

La amabilidad equivale a la cordialidad y a la afabilidad. De manera que estamos ante una virtud de nombres plurales. Se puede entender también como fraternidad en sentido amplio, es decir, tal como la modernidad la entiende, porque «la tendencia a la fraternidad culmina en la virtud que se llama amistad» (Polo, 2015h, p. 118). En cambio, en sentido estricto la fraternidad implica una amistad acrisolada. Y se puede vincular tenuemente a la predilección, porque esta es propia de la amistad y del amor personal y, por tanto, superior a la amabilidad. Con todo, la amabilidad no es una virtud de poca monta, porque es superior a la justicia, pues «si no se está estrictamente obligado a satisfacer el derecho del otro, aparecen la gratitud, la veracidad, la afabilidad y la liberalidad» (Polo, 2015b, p. 466). A su vez, es inferior a la veracidad y se debe supeditar a ella, pues «el primer deber del hombre es lingüístico – decir la verdad –, luego están las amabilidades» (Polo, s/f1, p. 206).⁴ Se puede decir que la amabilidad es el aceite con el que se suavizan las demás virtudes;⁵ así, por ejemplo, la paciencia, pues hay que «querer a todos con sus defectos y, por lo tanto, paciencia, una paciencia cordial» (Polo s/f 3, p. 18).

El vicio contrario también tiene muchos nombres según sea su intensidad: desafecto, frialdad, antipatía, pero el más extremo es la discordia, la cual no es irrelevante, pues Polo la califica de falta grave: «el pecado, que separa a los hombres entre sí, es la discordia» (Polo, 2015c, p. 304). Su causa es, según él, la falta debida de pensamiento:

¿Por qué tanta prisa, tanta impaciencia con la escasez, tanta discordia ante el presunto incumplimiento de ‘mis’ derechos? La respuesta puede resultar sorprendente: porque pensamos poco, porque no nos poseemos a nosotros mismos con el suficiente señorío, porque estamos siempre en actitud necesitante respecto de lo más bajo, y entonces se nos vela la visión de lo más alto, y perdemos la elegancia (Yepes, 1996, p. 13).

³ Por ejemplo, Polo decía: «les tengo mucho cariño a esos países (en concreto a Perú y a México)» (Polo, s/f1, p. 281). En este sentido se puede hablar también de ‘volver amable la verdad’ – expresión de Álvaro del Portillo en su libro *Rendere amabile la verità* –, y es claro que la verdad no es necesariamente una persona.

⁴ Más abajo añade: «El amor nace de la verdad; lo primero amable es el mundo de la verdad: la verdad que conozco y que después de conocerla uno se pone a su servicio, y se constituye en la misma razón de bien. El servicio es con obras: ‘obras son amores y no buenas razones’» (Polo, s/f1, p. 206).

⁵ Un buen libro reciente, fino y práctico, sobre este tema es el de Lovasik, L., *El poder oculto de la amabilidad*, Madrid, Rialp, 2015. Cfr. asimismo: Marchi, C., *Sonreír: amabilidad y buen humano en la vida cotidiana*, Pamplona, Eunsa, 2017.

1. 'Amable' se dice de muchas realidades

Las bases de la ética, según Polo, son tres: los bienes reales, las normas de la razón que se relacionan con ellos y las virtudes de la voluntad que a ellos se adaptan (Polo, 2018b, pp. 211-247). Pues bien, 'amable' se predica de esas tres realidades. Por una parte se dice del bien real: «el bien es amable, pero una cosa es que sea amable, y otra es que sea necesariamente amado» (Polo, 2018b, p. 234). El bien real es de dos tipos, el fin y los medios, y ambos son amables en la medida en que se ven como agradables y bellos.⁶

Por otra parte, se dice que las normas rectas de la razón práctica son también amables: «el cumplimiento de las normas no puede ser puramente fastidioso, como si fueran producto de una voluntad arbitraria. Las normas ellas mismas también son amables, y así lo dice Tomás de Aquino;⁷ pero esto solo se sabe cuando se tienen virtudes» (Polo, 2018b, p. 235). Por lo que también hay que predicar la amabilidad de las virtudes, las cuales se adquieren por repetición de decisiones amables:

¿Es la decisión amable, deseable? ¿La decisión es o no irrevocable? Declarar anulable el acto decisorio es decir que la decisión no está de acuerdo con la naturaleza. Si la decisión no es irrevocable, no es natural; sería una especie de accidente en la línea de la tendencia que no compromete. Es, en otros términos, la irresponsabilidad. Revocar la decisión es decir que yo no puedo hacerme cargo de nada, que mi naturaleza no puede comprometerse en ninguna decisión, que la *voluntas ut natura* no está de acuerdo con la decisión. No considerar la decisión irrevocable es no considerarla amable, no considerar que el medio tiene valor. (Polo, 2018c, p. 71)

'Amable' también se predica de cualesquiera otros conocimientos, aunque estos no sean de la razón práctica. Así, por ejemplo, «el descubrimiento del orden humano exige mucha atención, una investigación atenta y mucho cariño, porque sin cariño el orden no se descubre, y cuando uno descubre el orden le toma cariño» (Polo, 2015g, p. 239).⁸ Como el conocimiento es segundo respecto del lenguaje — solo habla el que sabe hablar —, el lenguaje también debe ser una realidad amable. De modo que no solo se debe alabar sino también corregir con delicadeza.⁹ En esta virtud, como

⁶ «Unumquodque est amabile in quantum est pulchrum et bonum». Tomás de Aquino, *Compendium Theologiae*, I, II, cap. 9.

⁷ Cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 107, a. 4 ad 2 y 3.

⁸ En efecto, todo descubrimiento filosófico es de ese cariz. En cambio, «nuestra época es confusa, acaso desorientada. La tarea de filosofar en el presente requiere lucidez, cariñosa y paciente atención» (Polo, 2017, p. 108).

⁹ «Qué ocurre si un colaborador suyo le dice: 'está usted equivocado'. Se lo debe decir con toda delicadeza evidentemente, pero el colaborador puede disentir de su maestro, o señalar un factor que se le ha pasado por alto» (Polo, 2015e, p. 395).

en las otras, Leonardo Polo era ejemplar, pues los alumnos no se molestaron nunca de tenerlo como profesor, no solo porque debido a su delicada exposición no hiriese a nadie, sino también porque, si bien alguno de los alumnos no compartía su fondo temático, no obstante no podía quejarse de que le faltase fundamentación. Ahora bien, como con el lenguaje se profieren a veces críticas injustas o burlonas, a esas Polo decía que no hay por qué atenderlas, o si se atienden, contestarlas con amabilidad.¹⁰ Conocimiento, lenguaje y gestos, porque estos son el lenguaje corporal; por tanto, también estos pueden ser amables: «así, la sonrisa expresa alegría o cariño» (Polo, 2019, p. 155).

Pero las realidades más amables son las personas. «Según Kant la persona no es solamente medio. A esta observación kantiana se ha de añadir que, en tanto que no es un medio, la persona es amable por sí misma. Para eso hay que aumentar la razón de otro, y eso solo es posible queriendo más» (Polo, 2015b, p. 486, nota 22). Y como Dios es personal, es la realidad más amable, hasta el punto de que «si la voluntad de Dios no es amable, ningún amor tiene sentido (es cifra desierta)» (Polo, 2015d, p. 22, nota 3). Los grandes filósofos, aunque algunos desconociesen el carácter personal del ser divino, lo han visto así: «en Aristóteles, el primer principio es amable, pero no ama; el amor no es un trascendental» (Polo, 2018a, p. 93), a lo que el cristianismo añade que Dios no solo es lo más amable,¹¹ sino también que Dios ama hasta el punto que es Amor.¹²

En rigor, toda realidad increada y creada (también las culturales que no vayan contra Dios y contra el hombre) es amable. Esa amabilidad que en nosotros se manifiesta en la voluntad conformando en ella una virtud nace de la intimidad personal: «el espíritu... hace al hombre cordial, comprensivo, capaz de tener en cuenta los intereses de los otros, sin exigir drásticamente sus derechos» (Polo, 2019a, p. 219). La primera manifestación de la amabilidad se da en la familia¹³ y luego se expande a la sociedad,¹⁴ porque «la po-

¹⁰ «Hay críticas como la de la muchachita tracia (a Tales de Mileto) que no hay por qué recibir, o se contestan por amabilidad» (Polo, 2015f, p. 87).

¹¹ «Dios es... el absolutamente amable» (Polo, 2018c, p. 89). Es «el carácter amabilísimo de la voluntad divina, que no negará su auxilio a la buena voluntad humana» (Polo, 2015c, p. 229).

¹² «Es tan agudo el carácter amable de Dios, el que ame, el que Dios sea amor, que no tendría sentido ninguno pretender que uno solo fuera el que amase a Dios. Dicho de otro modo: la pretensión de ser la única criatura espiritual es pecado» (Polo, s/f3, p. 89).

¹³ «La verdad es que los chicos maduran mucho mejor con padres amables» (Polo, 2019, p. 276).

¹⁴ La reciente bibliografía en inglés sobre esta temática es ingente. Cfr. por ejemplo: Ballatt, J., *Intelligent kindness: rehabilitating the welfare state*, Cambridge, Cambridge University Press, 2020; Zaki, J., *The war for kindness: building empathy in a fractured world*, New York, Crown, 2019; Walden, A., *The Metaphysics of kindness. Comparative studies in religious Meta-Ethics*, Lanham, Maryland, Lexington Books, 2015; Koenig, H.G., *Kindness and joy: expressing the gentle love*, Philadelphia, Templeton Foundation Press, 2006; Hamrick, W., *Kindness and the good society: connections of the heart*, Albany, State University of New York Press, 2002.

liteia perfecta, a su vez depende de una condición; una condición específica de la misma es que no haya discordias. Si hay discordias en la *polis*, esta se viene abajo, la política va a tener que cambiar a la fuerza. No hay estabilidad política. Por lo tanto, si no hay estabilidad política, tampoco hay seguridad política, no hay autarquía política» (Polo, s/f1, p. 152).

Por otra parte, esta virtud está claramente relacionada con la afectividad positiva, pues vemos la alegría y el buen humor en las personas amables. Y es que «la afectividad tiene que ver con el encuentro con lo amable; eso cuando es afectividad positiva. Cuando es afectividad negativa, la afectividad es el desencuentro. El aburrimiento es el no querer encontrar nada; el terror es no encontrar salida, etc. La afectividad sana es la que más favorece el encuentro» (Polo, s/f2, p. 177).

2. Ser amable es inferior a amar

Si se admite la distinción real tomista entre *essentia* y *actus essendi* y se advierte en antropología, la amabilidad es una virtud adquirida de la voluntad, potencia de la ‘esencia’ del hombre. En cambio, el amar es una dimensión nativa del ‘acto de ser’ personal humano, la superior de todas. En efecto, el ‘acto de ser’ personal humano está conformado, según Polo, por la *libertad*, el *conocer* y el *amar* personales, los cuales son jerárquicamente distintos, de inferior a superior, por el orden indicado. El tema de esas perfecciones trascendentales humanas es el ser personal divino.¹⁵ En cambio, el tema de la virtud de la amabilidad es — como se ha adelantado — las demás personas humanas. Lo que precede indica que la amabilidad se adquiere y al adquirirse se *tiene*; en cambio, el amar se *es*. Como esto segundo es un asunto más propio de la antropología de la intimidad que de la ética, aquí bastará resumir lo que Polo sostiene al respecto.

Polo distingue entre estas dos palabras: ‘amar’ y ‘amor’. La primera la predica del ‘acto de ser’ personal humano, es decir, de la intimidad; la segunda, de la ‘esencia’ del hombre, o sea, de las manifestaciones humanas. Polo ha descubierto que el ‘amar’ personal no es simple sino dual. Sus dos dimensiones son *aceptar* y *dar*. A la par, indica que el ‘amor’ tampoco es simple sino doblemente dual, pues por una parte está conformado por obras inmateriales y por obras corpóreas; y por otra, las obras inmateriales pueden ser pensamientos de la inteligencia y querer de la voluntad y las corpóreas pueden ser palabras y cosas. Pues bien, entre las dos dimensiones del ‘amar’ personal — aceptar y dar —, la primera es superior a la segunda puesto que

¹⁵ «Dios es el tema del acto cognoscitivo superior humano» (Polo, 2015a, p. 256). «Amar a Dios es trascendental en tanto que la persona prefiere a Dios» (Polo, 2015a, p. 257).

somos criaturas, y, por tanto, respecto de Dios, lo primero y superior en nosotros es siempre aceptar.¹⁶

Si esas dos dimensiones son del 'acto de ser' personal humano, el cual perfecciona la 'esencia' del hombre, y las virtudes adquiridas de la voluntad son manifestaciones en dicha esencia del amar personal, unas de ellas deberán manifestar más el aceptar y otras el dar.¹⁷ Por aquí se empieza a vislumbrar que las virtudes se 'dualizan', es decir, que se vinculan entre sí formando parejas, siendo en cada pareja una virtud inferior a la otra. Lo que se acaba de indicar y lo anotado puede servir como embrión para una 'sistemización' de las virtudes.

El segundo trascendental personal humano es el *conocer* personal, y este tiene dos dimensiones, a saber, la inferior, que es la *búsqueda del origen*, y la superior, que es la *búsqueda del destinatario*. Como las virtudes adquiridas de la razón y de la voluntad también son manifestaciones de esa luz o sentido personal, unas manifestarán más la dimensión superior, y otras la inferior.¹⁸ El tercer trascendental es la *libertad* personal, la cual tiene a su vez dos dimensiones, la inferior, que es la *libertad nativa*, y la superior, que es la *libertad de destinación*. Polo sentó que todos los hábitos y todas las virtudes adquiridas manifiestan la libertad personal humana.¹⁹ Pero a esto hay que añadir que unos hábitos y unas virtudes manifestarán más la libertad nativa y otros(as) la libertad de destinación.²⁰

¹⁶ «Amar y aceptar no se pueden considerar como extremos, porque el amar se destina a la aceptación, y sin ella no nace» (Polo, 2015c, p. 195). «La aceptación de ser criatura es el acto más intenso de la libertad humana, porque es lo más real y verdadero» (Polo, 2015c, p. 201).

¹⁷ Parecen más vinculadas con el *acceptar* las siguientes virtudes: humildad, obediencia, sencillez, templanza, pureza, paciencia, orden, honor, *studiositas*, solidaridad, audacia, agradecimiento, amistad, arrepentimiento, esperanza, alegría. Parecen más vinculadas con el *dar* estas otras virtudes: responsabilidad, prudencia, veracidad, señorío, sacrificio, fortaleza, justicia, piedad, laboriosidad, servicio, generosidad, respeto, amabilidad, religiosidad, eutrapelia, confianza, fidelidad.

¹⁸ Por ejemplo, la fidelidad y la esperanza manifiestan más la *búsqueda del destinatario*. En cambio, la humildad y la religiosidad manifiestan más la *búsqueda del origen*.

¹⁹ Esta tesis Polo la establece en muchos pasajes de sus obras: «La libertad se extiende a la esencia, es decir, al *querer-yo* y a los subsiguientes actos voluntarios y a los hábitos de la voluntad» (Polo, 2015a p. 257). «La libertad es un trascendental del ser humano se conecta con la naturaleza del hombre a través de los hábitos» (Polo, 2015i, p. 43). «Así como en la inteligencia la libertad se abre paso a través de los hábitos, en la voluntad, la libertad es convocada, traída» (Polo, 2007, p. 151). «Los hábitos son la dependencia esencial respecto de la libertad» (Polo, 2019b, p. 455, nota 10). «El hábito es la disposición de la facultad para la libertad» (Polo, 2017, p. 214). «La disposición como hábito es la disposición de la facultad para la libertad» (Polo, 2018a, p. 63).

²⁰ Así, por ejemplo, la generosidad, el hábito de ciencia, el agradecimiento, etc., manifiestan más la *libertad nativa*, mientras que la responsabilidad, el honor, la amistad, la fidelidad, la esperanza, etc., manifiestan más la libertad de destinación.

Polo indicó asimismo que «el dar y el aceptar trascendentales o personales humanos requieren del don... Como la persona humana es dual o co-existente, pero de ninguna manera trina, el hombre necesita de su esencia para completar la estructura donal. El hombre solo puede dar dones a través de su esencia»,²¹ es decir, solo puede dar obras adquiridas, puesto que, si diese las dimensiones nativas, el acto de ser, dejaría de ser. Las obras adquiridas no son trascendentales, sino de la esencia del hombre. Esto indica que todos los hábitos adquiridos de la razón y todas las virtudes de la voluntad son dones,²² es decir, obras intelectuales y obras morales que se pueden ofrecer para que sean aceptadas. Añádase que tales perfecciones cognoscitivas y volitivas producen obras materiales por medio de las acciones transitivas humanas, obras que responden al refrán castizo que reza: ‘obras son amores y no buenas razones’.²³ Son obras que se pueden ofrecer para que sean aceptadas y es relevante que se acepten, porque de lo contrario, carecen de sentido. Ahora bien, solo Dios puede aceptar todas las obras humanas rectas –inmateriales y sensibles– porque solo él las conoce todas.²⁴ Las que no acepta, es porque son contrarias a la naturaleza humana y del mundo, y, por tanto, carecen de sentido. Al aceptar las rectas las eleva.²⁵ La ventaja de que las acepte reside en que eleva a la persona que las ofrece a través de ellas, pues Dios nos acepta a través de nuestras obras.

En suma, las manifestaciones humanas, las obras, deben ser amables para que sean aceptadas, amadas, por los demás y, sobre todo, por Dios.²⁶

²¹ «El dar y el aceptar comportan el don. Esto quiere decir, en definitiva, que la estructura del dar es trina y no dual» (Polo, 2015a, p. 251). Más adelante insiste: «el amar humano es, a su modo, carencial, y la estructura donal de la persona se ha de completar acudiendo a su esencia, es decir, a sus obras» (Polo, 2015a, p. 254). Y en otro lugar se lee: «El hombre a su vez aspira a que Dios acepte su amar. Para que Dios acepte su amar el hombre necesita ejercer su propio amor. Pero ese amor no lo puede ejercer de manera personal, sino que ese amor está hecho de obras; lo que el hombre da son sus obras, es su vida, lo que hace. Lo trascendental del amor es el aceptar y el amar. Pero el amor no es personal» (Polo, 2018a, pp. 215-216).

²² «La persona creada es incapaz de comunicar a su propio don carácter personal. Por eso, en el hombre el don ha de entenderse como expresión o manifestación operativa, perfeccionable según los hábitos adquiridos, es decir, en el nivel de la esencia» (Polo, 2015a, p. 253).

²³ He aquí un par de pasajes pertinentes: «En el hombre el amor reside en sus obras: ‘obras son amores’» (Polo, 2015a, p. 252); «En segundo lugar, el orden del amor está formado por la aceptación de las acciones buenas –obras son amores–. El amor humano reside en las acciones buenas» (Polo, 2015a, p. 454). «El amor de predilección debe ser correspondido con obras» (Polo, 2015a, p. 491).

²⁴ «La persona humana descendiende a su esencia, es decir, al *querer-yo*, el cual, en cuanto que constituye lo voluntario, es oferente. Se trata de un don que suplica la aceptación divina». (Polo, 2015a, p. 251).

²⁵ «Las obras humanas en cuanto aceptadas por Dios adquieren un valor insospechado. Construir una mesa aquí, es construir una mesa, pero aceptada por Dios es algo grandioso... Es lo que dice San Pablo: Dios creó obras buenas para que en ellas andemos» (Polo, 2018a, p. 183).

²⁶ «Por más que la persona humana no sea capaz de hacer de su amar un don trascendental

Como se ve, la amabilidad es para amar, no a la inversa. No es que se amen directamente las obras, sino las personas a través de las obras por ellas ofrecidas, porque ‘amar’ es respecto de personas, mientras que ‘querer’ es respecto de cosas.

3. La predilección divina

«El amor de dilección significa querer a Dios por encima de todo» (Polo, 2015b, p. 490). Dilección o predilección denota preferencia, y esta indica intensidad en el amor personal.²⁷ Esta dilección personal humana hay que verla como respuesta a la previa predilección divina por haber creado a cada persona humana. «¿Qué busca Dios al crear al hombre? Nada distinto de aceptarle» (Polo, 2015a, p. 257). ¿Por qué lo crea? Por predilección, lo cual significa amor de preferencia.²⁸ ¿Preferencia respecto de quién? De todos los demás posibles hombres que podía haber creado y no creará. Atendamos al significado de esta posibilidad cuasi infinita.

De entre los millones de posibilidades de que se conocieran todos nuestros predecesores a lo largo de la historia de la humanidad, solo los nuestros se vincularon y dieron lugar a nuestra vida corpórea. De entre los cientos de miles de espermatozoides que podían haber fecundado el óvulo de nuestra madre, solo uno, el que dio lugar a nuestro cuerpo, lo fecundó.²⁹ Esas improbabilidades que rayan al infinito indican que cada persona humana es fruto de la predilección divina.³⁰ Eso no se puede decir de los animales y de las

— pues puede dar su amor a modo de don, pero no convertir ese don en persona —, aun así, el amor está en la persona en estado de espera, es decir, como amar en busca de aceptación. El amar espera ofrecer el don, y que ese don sea aceptado» (Polo, 2015a, p. 258).

²⁷ «La intensidad del amor comporta predilección» (Polo, 2015f, p. 207).

²⁸ «Si nos planteamos las preguntas: ¿quién soy?, ¿por quién soy? Esas preguntas no tienen más respuesta que ésta: soy porque Dios ha querido que sea y porque Dios me ama; Dios ama todo lo que crea. Soy hijo de Dios. Mis padres, mis abuelos, mis tatarabuelos, toda mi genealogía, no sabían quién iba a nacer, pero Dios sí lo sabía porque Él nos eligió. Dios es quien elige esto o lo otro, quien crea, conserva y gobierna el mundo» (Polo, 2019a, p. 302).

²⁹ «Uno es quien es, precisamente, por el encuentro de una célula masculina con una femenina, las cuales tienen que ser estrictamente ésas, porque si fueran otras o una de las dos, simplemente uno no existiría. Para que exista el ser humano es necesario empezar allí, de otra manera no se daría nunca, y eso depende a la vez de muchas cosas, como de que su padre y su madre se hayan conocido, pues si ellos no se hubieran encontrado uno no hubiera sido nunca» (Polo, 2019a, p. 300).

³⁰ «Es posible llegar a darse cuenta de lo que significa predilección si se considera que, siendo la persona — como dice Tomás de Aquino — *dignior in natura* y querida como tal por Dios, que llegue a existir una persona humana — cada quien — es sumamente improbable. Es claro que cada quién existe en la medida en que una gran cantidad de hermanos suyos no existen y que a lo largo de la historia la improbabilidad no desciende» (Polo, 2015b, p. 489). «Dios, que lo ordena todo, nos ha tenido que querer a cada uno de nosotros muchísimo más que a todos los que pudieran haber sido y que, por el hecho de nacer nosotros, no lo han sido ni nunca lo serán» (Polo, 2019a, p. 301).

plantas, puesto que son intercambiables, ya que ninguno(a) añade una nota de más sobre lo común de la especie. En cambio, el cuerpo humano no es intercambiable porque depende de una persona distinta,³¹ y cada persona humana es superior a lo específico, a lo común humano, a la 'naturaleza' corpórea y a la 'esencia' del hombre.³² Por tanto, «soy exclusivamente porque Dios ha querido que sea: y dicho querer es un acto de predilección divina. No hay otra explicación» (Polo, 2015f, p. 204). Pero entonces ¿por qué hay gente que no admite que somos una creación directa en cada caso de Dios —que no lo admiten muchos es patente—³³? Sencillamente porque se consideran meramente 'hombres' y se han olvidado de su 'persona'. La causa de esa ignorancia es, pues, una carencia de 'antropología trascendental', es decir, un déficit de mirar hacia dentro, a la par que un empacho de 'naturaleza corpórea' humana,³⁴ o sea una obcecación en el mirar hacia fuera. Tal ignorancia es siempre culpable, y deriva de no aceptar quien se es y se está llamado a ser.³⁵

¿Cómo salir del olvido? Por una parte, indirectamente, reparando en la 'antropología esencial', pues como cada persona forma su propia tipología en su esencia, es decir, su propia personalidad (en la inteligencia, la volun-

³¹ «El cuerpo de una persona no es intercambiable: con otro cuerpo sería creada una persona distinta. Los padres se desprenden de células vivas; hasta aquí es correcto hablar de 'reproducción', aunque es mejor llamarlo donación que el hijo acepta: esta aceptación es indisoluble de la creación de su persona, y comporta una gratitud que se incrementa con la deuda contraída por la educación paterna» (Polo, 2015b, p. 284, nota 12).

³² «Cada quién es una rara improbabilidad que solo se puede explicar por la predilección divina. Por eso puede decirse que la persona es querida por sí misma al ser creada... Cada quién es porque Dios lo ha querido, a costa de que una multitud extraordinaria de hombres posibles no hayan existido ni existirán jamás» (Polo, 2015b, p. 489). Cfr. asimismo, Polo, 2019a, pp. 301-302; y Polo, 2018a, p. 163).

³³ Es el caso —y lamentablemente no el único— de quienes abortan, ya que «matar un feto es una acción monstruosa, porque un feto solo puede explicarse desde la dilección divina, y no es aceptable la reducción de su existencia a un hecho empírico» (Polo, 2015f, p. 205).

³⁴ «La naturaleza es común porque tiene que ver con la generación. Sin embargo, las líneas de la generación son casi infinitas, por lo que, en atención a su cuerpo, la creación de cada persona humana es sumamente improbable: no tiene otra explicación posible que la predilección divina. Paralelamente, para que el cuerpo de cada persona no sea mero resultado del azar, es imprescindible que dependa de la persona» (Polo, 2015a, p. 236).

³⁵ «No aceptar ser quien se es, es sumamente grave; querer ser otro es producto de la desesperación. Pues cada quién es un don debido al amor de predilección. La persona humana es una novedad radical porque es creada directamente por Dios. El contraste entre los hombres posibles que no llegan a ser y los que son, pone de manifiesto la dignidad personal y su dependencia de un amor divino de predilección. Se ha de responder con amor de dilección al amor de predilección. Es obvio que tanto el amor de predilección como el de dilección son libres y superiores a lo que en la tradición se llama acto electivo, porque éste se refiere a los medios, y los amores aludidos no» (Polo, 2015b, p. 490). «El desprecio a uno mismo no está justificado si cada quién es persona» (Polo, 2015b, p. 490).

tad y el yo), al tenerla ante su mirada se puede preguntar cuál es la raíz que ha dado lugar a esa novedosa realidad, y entonces no le queda más remedio que remontarse a su novedad personal.³⁶ Por otra, directamente, mirando hacia dentro, a la intimidad, pues solo así se alcanza a saber que lejos de haber personas iguales, las distinciones entre ellas no son de matiz, sino radicales desde el inicio, y mucho más marcadas al final de la vida.

Si se pregunta acerca del porqué de esa novedad personal «es preciso sentar como tesis que existe una razón superior que es dueña de crear unas personas y no otras. Tal dominio es dilectivo. Este es el tema de la Providencia de Dios en la historia» (Polo, 2015f, p. 208). Dicho de otro modo: «la solución no puede ser más que una. Si somos genéticamente improbables, pero somos personas (no casos empíricos), se ha de admitir que somos objeto de predilección divina. Lo único que puede explicar nuestra existencia es un amor especial que nos hace ser a nosotros y no a otros (no hay ninguna otra explicación racional posible de nuestra contingencia genética)» (Polo, 2015f, p. 212). Persona humana, para Polo, significa *cada quien*, el 'acto de ser', no la totalidad del compuesto humano. Por tanto, 'persona' no equivale a 'hombre'. Cada quién es novedoso, irrepetible, fruto de un decreto creador divino singularísimo. En consecuencia, «somos personas porque Dios nos ha amado desde la eternidad con amor de predilección» (Polo, 2019a, p. 301). Con todo, con la anticoncepción y el control de la natalidad el hombre hoy quiere arrogarse las funciones divinas.³⁷ Pero actuar así comporta que uno no sabe quién es, y asimismo, que le cueste saberlo a aquel sobre el que manipula sus células. Además, «tendrá de sí una visión mucho más pesimista que quien se sabe hijo predilecto de Dios, pues se considerará producto de la casualidad» (Polo, 2019a, p. 302). Ser persona creada significa ser hijo de Dios, pues «hijo es nombre personal» (Polo, 2015h, p. 179). Esa filiación es natural, nativa.³⁸ La sobrenatural — esa de la que el cristianismo indica que se recibe por el sacramento del bautismo — es la elevación de dicha filiación natural y consiste en que Dios nos introduce en su intimidad pluripersonal.

La respuesta humana a la predilección divina equivale, a nivel trascendental, a aceptar el inmenso don divino.³⁹ y buscar cada vez más la persona

³⁶ «Las novedades de menor rango que acontecen en la historia son debidas a la novedad radical de la persona» (Polo, 2015b, p. 490).

³⁷ «Cuando cualquier ser humano pone un medio anticonceptivo en marcha, se está metiendo en el orden de las funciones divinas, está interfiriendo en las predilecciones divinas porque al que toca decidir 'quién va a ser' es a Dios y no a un ser humano» (Polo, 2019a, p. 302).

³⁸ «De aquí se sigue que el hombre no deja nunca de ser hijo: puede llegar a ser padre, pero, en cambio ser hijo le constituye. Trascendentalmente el hombre es hijo de Dios. Solo Dios — no los padres humanos — puede escoger a sus hijos trayéndolos a la existencia» (Polo, 2018a, p. 163).

³⁹ «Cada quien ha de aceptar el don que él mismo es, ha de reconocerse y aceptarse como hijo de Dios». Corazón, R., 'Introducción' a Polo, 2007, p. 18).

que Dios quiere que seamos; y a nivel esencial, a actuar en consecuencia con el sentido personal propio descubierto sin defraudar a Dios, aportando obras buenas personalizadas —desde virtudes a productos externos— pues «lo propio de su esencia es aportar» (Polo, 2015b, p. 491). «Dicha correspondencia al amor divino es el sentido más profundo de la ética» (Polo, 2018a, p. 164). Y en ambas vertientes, íntima y manifestativa, se trata de ejercer la respuesta de modo libre, pues «la verdadera libertad es amar a Dios más que a uno mismo, servirle (San Agustín); la intensidad de la libertad es, asimismo, un preferir. La aceptación de la voluntad de Dios es la cumbre de la libertad (y al revés, la cumbre del cumplimiento de la voluntad divina por la criatura es la libertad)» (Polo, 2015f, p. 213).

A modo de conclusión

De lo que precede se desprende una conclusión pasmosa:

¿yo, merezco existir? No. ¿Yo, me debo a mí mismo la existencia? No, uno no se debe la existencia; esto es indiscutible; no es posible que uno se genere, que antes de su generación uno sea la causa de su ser. Cada ser humano es porque Dios le ha creado y sus padres han colaborado... Estamos entonces ante una verdad fundamental y es que el hombre es hijo de Dios. A esto le corresponde que cada quien le debe a Dios una gratitud, la piedad. Yo soy porque Dios ha querido que sea. Por tanto, le debo algo que no podré pagarle nunca. Además yo me puedo fiar de Dios totalmente, porque si soy persona es justamente porque he sido elegido en vez de otra, y esto porque he sido y soy querida por Dios. Cada persona es un *novum*, un puro *novum*, una pura novedad, que no existía antes, de ninguna manera. Cada persona existe debido a Dios, cada uno es hijo de Dios y, por ende, se debe ordenar a Él. Yo soy en orden a Dios. La vida de cada uno no tiene sentido más que dirigiéndose a Dios. Se trata de una respuesta que está globalmente acompañada de otra cosa que es la humildad. Las dos cosas están consolidadas: humildad y predilección. (Polo, 2019a, p. 303)

Por consiguiente, no reconocer esa deuda y no vivir de acuerdo con ella se debe al vicio contrario a la humildad, que más que una virtud de la voluntad es personal, y tal vicio siempre es culpable. Pero, como dice el refrán, 'en el pecado está el castigo', porque la soberbia es el vicio que más ciega, pues impide saber quién se es. Por el contrario, solo se sabe hijo de Dios quien es humilde, y lo sabe en la medida en que lo es. Como no existe realidad superior posible para el hombre que la filiación divina, solo el muy humilde es muy feliz. Y si la amabilidad es una virtud manifestativa en la voluntad que tiene como tema a las demás personas humanas, ¿cómo no ser amable con ellas si se sabe que, como personas, son predilectas de Dios?

Referencias bibliográficas

- Del Portillo, Álvaro (1995). *Rendere amabile la verità*, Roma: Libreria Editrice Vaticana.
- Lovasik, Lawrence (2015). *El poder oculto de la amabilidad*, Madrid: Rialp.
- Marchi, Carlo (2017). *Sonreír: amabilidad y buen humano en la vida cotidiana*, Pamplona: Eunsa.
- Nédoncelle, Maurice (1957). *Vers une philosophie de l'amour et de la personne*, Paris: Aubier, 1957, 2.^a ed.
- Polo, Leonardo (s/f1). *Política y Sociedad*, pro manuscrito.
- Polo, Leonardo (s/f2). *Escritos de Psicología*, pro manuscrito.
- Polo, Leonardo (s/f3). *Teología y otros escritos*, pro manuscrito.
- Polo, Leonardo (2007). *Persona y libertad*, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015a). *Antropología trascendental*, I, en *Obras Completas*, serie A, vol. XV, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015b). *Antropología trascendental*, II, en *Obras Completas*, serie A, vol. XV, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015c). *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XXVII, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015d). *Estudios de filosofía moderna y contemporánea*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XXIV, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015e). *Filosofía y economía*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XXV, Pamplona; Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015f). *Introducción a la filosofía*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XII, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015g). *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XXIII, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015h). *Quién es el hombre*, en *Obras Completas*, serie A, vol. X, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2015i). *Curso de teoría del conocimiento*, III, en *Obras Completas*, serie A, vol. VI, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2017). *Escritos Menores (1951-1990)*, en *Obras Completas*, serie A, vol. IX, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2018a). *Escritos Menores (1991-2000)*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XVI, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2018b). *Ética: hacia una versión moderna de temas clásicos*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XI, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2018c). *Lecciones de ética*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XI, Pamplona: Eunsa.

- Polo, Leonardo (2019a). *Ayudar a crecer*, en *Obras Completas*, serie A, vol. XVIII, Pamplona: Eunsa.
- Polo, Leonardo (2019b). *Curso de teoría del conocimiento*, IV, en *Obras Completas*, Serie A, vol. VII, Pamplona: Eunsa.
- Tomás de Aquino, *Compendium Theologiae*, l. II, cap. 9.
- Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 107, a. 4 ad 2 y 3.
- Yepes, Ricardo (1996). *La persona humana y su crecimiento*, Pamplona: Eunsa.